
Para un museo del porvenir Representaciones del futuro en la España del siglo XX

Javier Fernández Sebastián

Palacios de Porcelana Verde

En un memorable pasaje de *La máquina del tiempo* (1895) de H. G. Wells, el protagonista descubre, en medio de un Londres irreconocible, una especie de museo abandonado que contiene un montón de objetos extraños. Desde el punto de vista del viajero del tiempo, aquel destartelado Palacio de Porcelana Verde vendría a ser un insólito museo de un futuro pasado. Futuro, puesto que su encuentro casual con ese imponente edificio en ruinas se sitúa nada menos que en el año 802.701. Pasado, por el arcaísmo de su contenido en el momento en que él lo contempla, independientemente de que la mayor parte de los objetos allí reunidos corresponden a épocas muy posteriores al punto de partida de su viaje en el tiempo.

En la portada del semanario *España* del 15 de mayo de 1917, el caricaturista Luis Bagaría firma un dibujo que representa un

museo imaginario situado en un futuro indeterminado. En una sala de ese hipotético museo del porvenir, un turista contempla con curiosidad una corona real expuesta en una vitrina en la que está escrito «siglo XX», como si se tratase de una remota antigualla. El mensaje es claro: la monarquía desaparecerá pronto de la faz de la tierra, de manera que a las generaciones venideras será necesario explicarles en qué consistía tan arcaica institución y sus adminículos.

Casi un siglo después, el humorista Antonio Fraguas recurre en una de sus viñetas (*El País*, 5 de junio de 2008) a una estrategia semejante para denunciar el riesgo existencial que el cambio climático entrañaría para el planeta. Dos personajes transhumanos, visitantes de un Museo Arqueológico del futuro, en la sala correspondiente al siglo XXI contemplan con curiosidad un árbol, espécimen desaparecido de una vieja naturaleza vegetal extinta hace mucho tiempo.

La retórica textual y visual de estos ejemplos no es muy diferente. Si bien obviamente la novela de Wells presenta un grado de sofisticación del que carecen las caricaturas de Bagaría y de Forges, en los tres casos los autores se valen de futuros museos imaginarios para llamar la atención sobre lo transitorio y contingente de muchas de las realidades que nos rodean, ya se trate de organismos naturales o de artefactos humanos.

Las páginas que siguen pueden leerse asimismo como un «museo del porvenir» en miniatura, esto es, como un paseo histórico por una pequeña galería de futuros imaginados por los españoles del Novecientos. Sin desdeñar los aspectos discursivos, que fueron objeto de un trabajo anterior (Fernández Sebastián, 2007), esta vez me detendré sobre todo en las representaciones icónicas y en las artes plásticas. El ejercicio de «retrofuturismo» en que consiste nuestra indagación contraviene ciertamente el orden del tiempo, pues en lugar de mirar hacia adelante para anticipar los futuros *ex ante* como es habitual, nos obliga a volver la cabeza para identificar

y describir retrospectivamente una serie de futuros *ex post*. Esta práctica contorsionista, sin embargo, puede ser altamente instructiva. El rastreo de «paleofuturos» nos dice mucho sobre nuestro pasado, pues, en la medida en que constituyen reflejos de época, aquellos desvanecidos «mañanas del ayer» enriquecen nuestra visión de las cambiantes inquietudes de la sociedad que los engendró. La secuencia histórica de la España del siglo XX, en suma, quedaría incompleta sin un balance tentativo de las predicciones acertadas y de las expectativas fallidas de la oscilante imaginación futurista de nuestros compatriotas a lo largo de la centuria.

Grandes esperanzas

Por mucho que la fuerza de la costumbre nos haga pensar otra cosa, el futuro es un concepto bastante reciente. De hecho, hasta que a finales del XVIII y comienzos del XIX se generalizó el uso de «porvenir», ni siquiera existía un nombre para designarlo. Se trata además de un singular colectivo de enorme abstracción, pues «el futuro» abarca una infinidad de asuntos, tiempos y vicisitudes. Nada menos que todo aquello que está por venir: acontecimientos, situaciones, avances científicos, constelaciones sociales, estados de cosas. Metaforizado a veces modernamente como un horizonte, como una pantalla en blanco sobre la que cada actor individual o colectivo proyecta sus anhelos y sus temores, como una flecha de trayectoria desconocida, o como un enigma que muchos se esfuerzan por descifrar, *el futuro* como tal concepto raramente ha sido objeto de reflexión histórica (sobre la historicidad del futuro, véase, no obstante: Hölscher, 2014). Abundan, eso sí, los discursos, especulaciones o apuntes gráficos sobre ciertos segmentos y facetas del futuro colectivo, especialmente en los ámbitos sociopolítico y científico-técnico.

La época moderna ha sido caracterizada muchas veces por la vigencia de un régimen de temporalidad focalizado en el futuro, donde los conceptos sociales y políticos están saturados de futuridad: el hoy y sobre todo el ayer aparecen claramente supeditados a un mañana cargado de expectativas y del que se predica cierta constructibilidad. El nuevo tiempo de la modernidad parece avanzar hacia un futuro abierto que se desea moldear y controlar. Lo cual no quiere decir, desde luego, que sea factible representarse por adelantado con un mínimo de certeza los eventos por venir, pues los *acontecimientos* son contingentes por definición. Una historia *a priori* no es del todo posible ni siquiera cuando, como dijera Kant, «es el propio adivino quien causa y prepara lo que anuncia de antemano». Así trataron de hacerlo los movimientos ideológicos de los siglos XIX y XX, en ocasiones con la arrogancia y la ineptitud de aprendices de brujos. Varios hombres públicos del periodo contemporáneo llegarán a definir la política como «la ciencia que se ocupa del porvenir de los Estados» (José María Orense) o la «técnica social de construcción del futuro» (Jesús Fueyo). Mas, precisamente por eso, nunca como en el Novecientos ese porvenir fue políticamente tan disputado. A los futuros sociales diseñados y planificados por los ideólogos hay que añadir las ensoñaciones tecnológicas que generalmente escapan al control de los actores políticos y son más bien objeto de fantasía y especulación.

La literatura regeneracionista de finales del XIX giró en gran medida en torno al *porvenir de España* (piénsese en el famoso intercambio de cartas entre Ganivet y Unamuno sobre este tema, publicadas en 1898 en *El Defensor de Granada*) y está repleta de exhortaciones a una «futura revolución española» (Lucas Mallada) o de llamamientos a avanzar resueltamente *Hacia otra España* (Maeztu). Los títulos de varias publicaciones culturales de aquellos años son bien explícitos al respecto; baste mencionar *España Futura*, revista quincenal que empezó a publicarse en marzo de 1909.

En la España del cambio de siglo el afán de renovación y las prisas por desembarazarse del pasado próximo y acelerar la llegada de un tiempo nuevo son bien perceptibles entre las élites. En aquel Madrid ávido de modernidad, el semanario *Vida Nueva* anunciaba su voluntad de «propagar y defender lo nuevo, lo que el público ansía, *lo moderno*», de modo y manera que «*Vida Nueva* será, no el periódico de *hoy*, sino el periódico de *mañana*» (12 de junio de 1898). Esta presión por anticipar el futuro es inseparable del descontento de gran parte de los intelectuales con la España real y de su deseo ardiente de dejar atrás el siglo XIX. En su poema «El mañana efímero» (1912), Antonio Machado opone un país atrasado y tradicional, que dormita sobre su decrepito pasado, a «otra España [...] implacable y redentora», joven y rebosante de energía, que irrumpe «con un hacha en la mano vengadora». «¡Hombres de España, ni el pasado ha muerto», exclama el poeta poco después, «ni está el mañana –ni el ayer– escrito!» (*El Porvenir Castellano*, Soria, 5 de mayo de 1913).

En un registro discursivo muy distinto, menudean las manifestaciones de confianza en un futuro idealizado más o menos distante marcado por innovaciones tecnológicas y artefactos imaginarios –edificios flotantes, coches voladores, robots, naves espaciales de todas clases– que hoy hacen las delicias de los aficionados al «retrofuturismo». La fascinación por los avances en el sector de los transportes y la locomoción, especialmente en la navegación aérea, queda ampliamente documentada en la prensa de la época, y tiene su correlato en ciertas visiones futuristas del paisaje urbano y de la ciudad ideal, de las que encontramos abundantes testimonios en el primer tercio del siglo, algunas de ellas, particularmente en Barcelona, ligadas al *noucentisme*. En tales imágenes no suelen faltar unos cuantos aeroplanos, dirigibles y otros ingenios voladores sobrevolando calles flanqueadas por rascacielos. Cierta dibujo de Picarol publicado en *L'Esquella de la Torratxa* (4 de enero de 1912) repre-

senta a la Pedrera, de Gaudí, convertida en garaje de toda clase de aeronaves. Pero no todos se muestran tan entusiastas. En su relato de anticipación *Mecanópolis* (1913), Miguel de Unamuno evidencia su desconfianza hacia los efectos deshumanizadores de la tecnología. Este texto unamuniano, junto a otro anterior de Clarín titulado *Cuento futuro* (1886), es una de las primicias del género de distopías españolas, que descreen del progreso y pintan futuros sombríos. Algunas de ellas –como el relato *Teitán el soberbio. Cuento de lo por venir*, de Nilo María Fabra (recogido en su libro *Presente y futuro*, 1897), o la novela de Pérez de Ayala *Sentimental Club* (1909), que se conocería sobre todo por su reedición de 1929 bajo el nuevo título *La revolución sentimental*– pueden leerse como serias advertencias ante hipotéticos futuros totalitarios. Muchas de estas obras no desmerecen del nivel de calidad literaria de otras producciones de la Edad de Plata (Martín Rodríguez, 2014).

Pese a todo, la generalizada creencia en una filosofía progresista de la historia, y la concepción subyacente de un tiempo lineal que avanza incontenible, explican el éxito persistente de la metáfora de la vanguardia durante el primer tercio del Novecientos, y ello, a pesar de la irreparable quiebra de la fe en el progreso que trajo consigo la guerra del 14. La imagen de un destacamento militar que marcha en cabeza secundado por el grueso de las tropas se traslada a los movimientos literarios y al mundo del arte, y también a la esfera política. *Adelante, Avante, Avant, Aurrerá* o *Vanguardia* son algunos títulos de órganos de partido reveladores del alto predicamento que esta metáfora bélica llegó a adquirir durante aquellos años entre todos los sectores, generalmente de izquierdas, que por alguna razón se atribuyeron a sí mismos una posición de liderazgo en la gran marcha hacia el futuro. Los intelectuales no fueron una excepción: la clásica contraposición orteguiana entre élites y masas retardatarias es un caso bien conocido de esta visión de avance ordenado hacia un futuro racionalmente planeado. El

proyecto para España que el filósofo expone en *El tema de nuestro tiempo* (1923), por ejemplo, pivota sobre el concepto de generación. Y su discurso sobre la dinámica generacional se organiza sobre las dicotomías jóvenes/viejos, élites/masas, vanguardia/retaguardia, correspondiendo a los primeros la excelsa tarea de abrir una nueva era en la vida de la nación (Ortega y Gasset, 1923). Para Ortega, como es sabido, el futuro de España pasaba ineludiblemente por Europa, y la prioridad del futuro sobre el pasado está fuera de dudas: el liberalismo, escribe en 1910, habrá de «inventar una España nueva» y trazar «un mapa moral del porvenir» (OC, 2007). Al fin y al cabo, «el patriotismo verdadero es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos». Pero tampoco los conservadores renuncian a la retórica futurizante. El tradicionalista Víctor Pradera publica en *ABC* (26 de agosto de 1925 y 3 y 9 de septiembre de 1925) una serie de artículos titulados «La política del porvenir», y Miguel A. Calvo Roselló, bajo la impresión de la Revolución rusa triunfante, publicaba su distopía *Un país extraño* (1919), que recuerda en más de un punto la novela *1984*, de G. Orwell (Ricardo Baroja, por su parte, proponía en su comedia futurista *El Pedigree* [1926] una crítica a los abusos de la eugenesia reminiscente de *Brave New World*, de A. Huxley).

Como se sabe, uno de los primeros -ismos que engendraron las vanguardias artísticas fue el *futurismo*. Pues bien, más de un lustro antes de que Ramón Gómez de la Serna publicase la «Proclama futurista a los españoles» de Marinetti (*Prometeo* n.º 20, 1910), el poeta mallorquín Gabriel Alomar, en una conferencia titulada *El futurisme* (Barcelona, 1904), emplazaba a sus oyentes a desembarazarse del peso excesivo del pasado y a volverse resueltamente hacia el porvenir. Bajo la modernización autoritaria auspiciada por Primo de Rivera, las exposiciones de Barcelona y Sevilla (1929) sirvieron de acicate para la remodelación urbanística de algunas de las ciudades más dinámicas del país, y dieron ocasión de nuevo

para especular sobre la ciudad del futuro. Mientras el semanario ilustrado barcelonés *Algo* publicaba numerosos artículos sobre esta temática, Madrid se constituyó en uno de los laboratorios privilegiados para las reformas urbanas y la nueva arquitectura. Las grandes salas de cine y otros edificios emblemáticos construidos en la Gran Vía y en otros lugares aspiraban a convertir a la capital de España en una ciudad cosmopolita, cuya desbordante vitalidad se pondría de manifiesto en la década siguiente.

Las fuentes de la época dejan ver que los conceptos de futuro y modernidad eran indisociables en la cultura de las clases medias urbanas. Para Gregorio Marañón, lo moderno no es otra cosa que «una aspiración enérgica hacia el futuro» (1929) (cit. Fernández Sebastián y Fuentes, 2008) y en las revistas ilustradas de los años veinte y treinta el imaginario de una modernidad banal tiene su epítome en fotografías y dibujos de automóviles, locomotoras y aeroplanos, así como en cierto prototipo de mujer joven, moderna, deportiva y estilizada que ha quedado asociada al nombre de uno de los mejores dibujantes de aquel tiempo: Rafael de Penagos.

Futuros discordantes

La proclamación de la Segunda República abrió en España una nueva etapa llena de promesas y buenos augurios. No tardando mucho, sin embargo, el choque frontal entre los proyectos partidistas de unos y de otros iba a mostrar que la consolidación de una democracia estable no sería fácil. Los futuros discordantes se debatían a veces en el seno de una misma ideología, donde las relaciones entre los sectores moderados y radicales, entre las facciones reformistas y revolucionarias, distaban de ser amigables. Los partidos marxistas y los grupos anarcosindicalistas solían distinguir entre el porvenir lejano de tintes utópicos de una sociedad sin cla-

ses (que algunos creían estaba construyéndose ya en esos mismos años en la URSS de Stalin) y las luchas para mejorar las condiciones concretas de los trabajadores en un futuro más realista e inmediato.

Revistas de humor de derecha e izquierda insertaron en sus páginas numerosas caricaturas alusivas al porvenir, ya fuera a corto, medio o, más raramente, largo plazo. La conservadora *Gracia y Justicia* llegó a contar con una sección titulada «Diez años después de hoy. Información futurista de la España de 1941 [de 1942, y así sucesivamente]». En el diario anarcosindicalista *Solidaridad Obrera*, una viñeta titulada «El risueño porvenir que le ofrece la burguesía al proletariado para que siga tirando pacientemente del carro» mostraba a un obrero remolcando un carromato tripulado por dos orondos burgueses, uno de los cuales, sirviéndose de una caña, agita frente al rostro del trabajador una banderola en la que está escrita la palabra «Prosperidad» (Pimentel, 2016).

A comienzos de 1932, el diario *Ahora* (21 de febrero de 1932) invitó a un grupo de expertos y personajes conocidos de distintas ramas de la vida nacional –políticos, científicos, intelectuales, médicos, artistas, deportistas– a imaginar cómo serían España y el mundo en el año 2000. La lectura de este ramillete de opiniones es interesante e instructiva. En general, el tono de las previsiones es francamente optimista: erradicación de enfermedades, prodigioso desarrollo de las comunicaciones, expansión de las ciudades, pleno empleo, avances en la igualdad de la mujer... El paso del tiempo ha revalidado algunos de esos pronósticos y ha refutado otros. Llama la atención que algunos de los futuros imaginados menos certeros se repitan con machacona insistencia en otras encuestas semejantes a lo largo del siglo. Tenemos, por una parte, aquellas predicciones visionarias que tienden a exagerar típicamente en el transporte aéreo y los viajes interestelares, vaticinando, por ejemplo, que para el cambio de siglo habría «líneas de

astronaves entre la Tierra y los planetas más habitables, Venus y Marte». En el ámbito de la política, un punto clásico de pseudo-profecía errada tiene que ver con la pervivencia de la monarquía. En la mencionada encuesta de la revista *Ahora*, incluso un monárquico convencido como Romanones no oculta sus temores de que «dentro de setenta años» no quede de las monarquías «ni el recuerdo». Tal vez la mejor plasmación gráfica de esta idea, reiterada con distintos acentos por políticos muy diversos, sea la caricatura antimonárquica de Bagaría del semanario *España* (15 de mayo de 1917) que he mencionado más arriba.

La celebración de la fiesta del Primero de Mayo del año 1936 en las calles de la capital, donde desfilaron numerosas muchachas y niños con banderas socialistas y comunistas, dio ocasión a *Mundo Gráfico* (6 de mayo de 1936) para la publicación de un amplio reportaje fotográfico. El periodista veía en aquellos niños los pioneros de la sociedad que se avecinaba, y se preguntaba si serían ellos «quienes [darían] el tono a la vida de la España de mil novecientos sesenta» (Fernández Jiménez, 2019). El dramático giro de los acontecimientos en apenas unos meses abriría angustiosos interrogantes sobre el futuro del país. Aquella década de fiera confrontación entre ideologías se publicaron cierto número de obras de política-ficción que pintaban futuros de pesadilla. Entre ellas las había de todos los colores: críticas con el comunismo (*Bajo el yugo de los bárbaros*, de Ricardo León), con el anarquismo (*Del éxodo al paraíso*, de Salvio Valenti) y con el caudillismo populista (*Orestes I*, de Felipe Ximénez de Sandoval y Pedro Sánchez de Neyra), pero también escritas desde posiciones de simpatía con algunos de esos movimientos; es el caso de dos novelas afines al comunismo libertario: *1945*, y *El amor dentro de 200 años*, ambas de Alfonso Martínez Rizo.

Fue también aquella la edad dorada del cartelismo, que no por casualidad alcanzaría su clímax con el estallido de la Guerra Civil.

Y tiene poco de sorprendente que los carteles más sugestivos, al servicio de la propaganda de ambos bandos, se correspondan con los extremos del espectro político y aviven símbolos poderosos asociados al mañana. En varios de ellos sus autores apelan a determinados aspectos del futuro con vistas a movilizar a un público fuertemente polarizado. Destaca por su expresividad la obra gráfica de tendencia ácrata, acaso porque los creadores vinculados a esta corriente suelen aderezar sus obras con motivos utópicos. Uno de estos grabados, del ilustrador valenciano Manuel Monleón (*Estudios*, febrero de 1937), representa a un joven escultor, que se supone personifica al pueblo español –metonímicamente identificado con la militancia anarquista–, esculpiendo a golpe de maza y cincel una nueva humanidad, simbolizada en un esbelto desnudo femenino. Y todo ello sobre el fondo de un firmamento de resonancias oníricas sobre el que se recorta una imagen de la Victoria de Samotracia.

Otros dos carteles, en este caso de las Juventudes Libertarias de Cataluña, contienen sendos textos reveladores. En uno de ellos, un joven se perfila en contrapicado sobre varios edificios de estilo moderno y racionalista, acompañado de la siguiente leyenda: «Juventudes! El mundo que se aproxima será conforme a nuestra manera de ser y pensar». El otro, que llama a los jóvenes a ingresar en las Juventudes Libertarias, recoge una escena iluminada por los rayos del sol naciente sobre la que revolotean dos palomas blancas de la paz; una pareja de jóvenes desnudos –«la esperanza del mañana»–, erguidos sobre un pedestal compuesto de símbolos de la ciencia, el trabajo y la cultura, sostienen en alto sobre sus cabezas un globo terráqueo. Las alusiones al futuro son más explícitas si cabe en varios carteles bélicos cargados de sentimentalidad, en los cuales los soldados republicanos defienden con sus armas el porvenir de los niños españoles (el tema de los niños, frecuentemente abrazados a sus madres, será asimismo muy explotado por

la propaganda de los insurrectos). En otras estampas, cada uno de los bandos combate a muerte contra las fuerzas del mal –para unos, el fascismo, para otros, el comunismo– personificadas en monstruos ominosos que, si lograran triunfar, traerían consigo miserias sin cuento. Tan importante como la afirmación de los valores propios era la estigmatización de los del contrario. En este contexto se comprende mejor la enorme fuerza ilocutiva del lema «¡No pasarán!». Uno de los últimos carteles de este tipo es un calendario de guerra correspondiente al año 1939: a un lado y otro de una matrona majestuosa que representa a España se contraponen los rostros de Marte y de Minerva; el primero como un trasunto del fascismo y la guerra, mientras que la diosa romana encarnaría los benéficos valores republicanos y «un porvenir de paz e independencia» para España.

Franquismo, Transición, Democracia

Si bien la dictadura franquista no dejó en ningún momento de apelar al futuro para legitimarse, fue en los años sesenta cuando este *topos* retórico cobró un protagonismo inusitado. Tal vez porque, como reconociera en cierta ocasión el monárquico Joaquín Satrústegui, antiguo combatiente en el bando nacional, «una guerra civil es una inmensa tragedia sobre la que no cabe fundar el porvenir» (29 de enero de 1959; cit. Tusell, 1977). El propio general Franco no se privó de recurrir con relativa frecuencia en sus discursos a tópicos como «procesos de renovación», «mundo nuevo», «nueva era» o «construcción del futuro». El fuerte crecimiento económico propiciado por el Plan de Estabilización haría de esa década una fase crucial en la transformación de la sociedad española. La impaciencia de la oposición antifranquista ante un cambio de régimen cada vez más improbable puede percibirse incluso en

algunas composiciones poéticas, como en los famosos versos de Ángel González (1961) donde se duele de «ese mañana agazapado» que no termina de llegar: «Te llaman porvenir porque no vienes nunca».

Pero la nueva ola de interés por el futuro fue sin duda un fenómeno internacional. Desde mediados de siglo, nuevas instituciones, nuevas prácticas culturales y los marcadores léxicos que las acompañan (por ejemplo, la difusión de términos como *ciencia-ficción* o *futurología*), dan testimonio del alza de la preocupación por este asunto en todo Occidente. Desde finales de los sesenta, películas de éxito como *2001, una odisea del espacio*, de Stanley Kubrick; la serie *Star Wars* de George Lucas, o *Blade Runner* ya en los ochenta, dan idea de los futuros fantásticos e historias conjeturales surgidos de la imaginación literaria y cinematográfica. Con la ventaja que nos da la perspectiva del tiempo transcurrido, hoy parece evidente que aquellos escritores y cineastas reflejaron en sus obras el extraordinario interés por la carrera espacial de aquellos años, una faceta que se nos antoja sobredimensionada en estos tiempos en que, más que la astrofísica, interesan la bioingeniería, la nanotecnología, la inteligencia artificial o el desafío climático.

Entre el creciente caudal de publicaciones acerca del futuro que vieron la luz en España durante el último tercio del siglo XX —artículos, poemas y canciones, libros y ensayos de todo tipo, científicos y de ficción, pasando por numerosas obras de divulgación—, resulta ilustrativo comparar el tono de algunas de ellas a medida que pasan los años. Así, si cotejamos sendos dossieres sobre el futuro publicados en la revista *Triunfo* a finales de los sesenta (abril/mayo de 1969) y a principios de los ochenta (julio/agosto de 1981), enseguida notamos que el optimismo de los sesenta se ha esfumado para dar paso a un estado de ánimo más cauteloso y circunspecto. No hace falta decir que, en el plano político, el ambiente de la Transición favoreció la idea de que había

que echar al olvido las viejas rencillas y fundirse todos en un gran abrazo de reconciliación nacional para apostar juntos por un futuro democrático para España. Mas si la pintura *El abrazo* (1976), de Juan Genovés, constituye uno de los iconos indiscutibles de la Transición, una famosa instantánea del fotógrafo Félix Lorrio que el 2 de mayo de ese mismo año captó a dos jóvenes desnudos encaramados al monumento a Daoíz y Velarde, en la madrileña Plaza del Dos de Mayo, presagia la Movida y simboliza igualmente la atmósfera culturalmente transgresora, colmada de expectativas libertarias, de la Transición.

Los ochenta, sin embargo, con los sucesivos gobiernos socialistas del «cambio», trajeron actitudes mucho más desencantadas con respecto a nociones tan típicas de la modernidad como progreso o futuro. Conviene no perder de vista que fue a mediados de la década cuando Ulrich Beck lanzó a los cuatro vientos el concepto de «sociedad del riesgo», que supuso un giro decisivo en este terreno. Varios ensayistas se despedían del progreso y constataban un preocupante incremento del miedo al futuro (Fernández Sebastián y Fuentes, 2008). Y, a medida que el final del siglo se acercaba, esa visión crepuscular se fue extendiendo entre sectores intelectuales y de opinión cada vez más amplios.

La confianza menguante en el futuro durante las dos últimas décadas del siglo XX y las dos primeras del XXI puede apreciarse sin más que echar un vistazo a una serie de libros sobre el porvenir de España (y del mundo). Este género de ensayos, que en cierto modo continúan la tradición inaugurada por Unamuno y Ganivet a finales del XIX, si bien la mayoría de ellos escritos desde una perspectiva socioeconómica –usualmente se enfatiza que se trata más de construir el futuro (y de impulsar reformas) que de adivinarlo–, incluye en su nómina de autores nombres tan diversos como J. I. Escobar (1972), D. Hidalgo (1996), V. Pérez-Díaz (2002), C. Molinas (2013) y J. M. Martín Carretero (2016), entre otros.

Esta tendencia general de fondo que en el límite conduce a un cierto «cierre del futuro» se observa también en muchos ámbitos de la cultura popular. Está presente en la música juvenil, desde el pop rock de *Radio Futura* («El futuro ya está aquí», cantaban en uno de sus temas de 1980) hasta el punk de *La Polla Records* («Hoy es el futuro», 1993), aunque ninguna de estas bandas llegan a desplegar una visión tan desgarrada y apocalíptica como la de Leonard Cohen en *The Future* (el mismo año, por cierto, de los Juegos Olímpicos de Barcelona y de la Expo de Sevilla, presentada como «la gran fiesta del porvenir»). Una selección cronológica de caricaturas y viñetas de grandes humoristas gráficos españoles, de Chumy Chúmez a El Roto, pasando por Máximo y por Forges, ilustra asimismo esa deriva hacia el pesimismo. Ya en este siglo, la mayoría de las numerosas viñetas que Máximo y sobre todo El Roto dedican al futuro inciden una y otra vez en unas pocas ideas clave: no hay futuro, o bien se presenta como un abismo negro e impenetrable; no acaba de comenzar o –peor todavía– ha pasado ya... Pero la gran preocupación emergente desde finales de siglo es sin duda la destrucción acelerada del medio ambiente: la viñeta de Forges en *El País* del 5 de junio de 2008 que hemos descrito al comienzo de este artículo sobre las perspectivas catastróficas que el cambio climático acarrearía para nuestro planeta ilustra bien esta nueva veta de ansiedad social.

Como era de prever, el cambio de milenio constituyó un momento óptimo para hacer balance, y sobre todo para conjeturar qué se esperaba del recién estrenado siglo XXI. En vísperas del año 2000, el ansia por penetrar los arcanos del futuro es patente en multitud de fuentes. Un espléndido dibujo de Raúl en *El País* (11 de febrero de 1998) personifica al Tiempo saltando con agilidad atlética para trasladar al lector al horizonte científico del año 2020, mientras el artículo que lo acompaña advierte que las novedades «que se avecinan están teñidas de deseos y de miedo».

Grandes temores: de la utopía a la catástrofe

En los últimos años, pese a los esfuerzos por anticipar distintos escenarios con técnicas prospectivas más o menos sofisticadas, los expertos suelen subrayar que el futuro se ha vuelto más opaco e incierto que nunca. En un mundo de cambios sin precedentes, aseguran, la quiebra de la continuidad entre pasado, presente y futuro ha hecho extraordinariamente difícil extrapolar tendencias extraídas de lo ya sabido. La línea de argumentación más extrema es aquella que sostiene que estamos en puertas de una superación radical de la condición humana. La emergencia de esa nueva especie cambiaría el mismísimo sujeto de la historia, dando paso a futuros posthumanos apenas concebibles para nosotros. Por otra parte, la perspectiva de riesgos existenciales, unida a episodios traumáticos como la Gran Recesión, los desastres naturales y las pandemias, explican que nuestra época sea probablemente la edad dorada de la ficción post-apocalíptica. Frente a las amenazas globales, no faltan autores que sugieren que, lejos de seguir avanzando, lo prudente ahora sería decelerar, detener el crecimiento, incluso dar media vuelta y renunciar al proyecto moderno. Ilustraciones y animaciones de un cataclismo nuclear, de la destrucción de la Tierra y otros escenarios de pesadilla ya no nos sorprenden.

Y aunque ciertamente no todos los vaticinios son tan desoladores y no faltan las tecnoutopías de tono decididamente optimista ni las exhortaciones para que la ciencia se involucre en la gobernanza del mundo, parece indudable que el color del futuro se torna cada día más oscuro y, a la vez, más científico-técnico que político. También la política, sin embargo, vuelve a ser motivo de inquietud. En este terreno, si bien por un tiempo los experimentos totalitarios de la pasada centuria arrojaron el descrédito sobre los radicalismos y las utopías, las graves dificultades económicas y los sobresaltos sociales sufridos en estas primeras décadas del siglo XXI han

puesto en crisis de nuevo a la democracia liberal. El auge de los populismos recuerda en algunos aspectos el clima desasosegante de la Europa de entreguerras. Esta vez, sin embargo, el retorno de los viejos demonios viene envuelto en el lenguaje nostálgico y divisivo de las políticas identitarias, la manipulación emocional, la eclosión de las redes sociales, las *fake news* y los abusos de la llamada «memoria histórica».

Los transhumanistas, por su parte, confían en que el desarrollo tecnocientífico conduzca en breve a una ampliación sustancial de las capacidades humanas gracias a la convergencia entre ingeniería genética, ciencias cognitivas y cibernética. Con todo, las perspectivas mundiales para el horizonte 2050 no nos ahorran los dilemas éticos en relación con los progresos en inteligencia artificial, biotecnología y neurociencias.

Un somero contraste entre la iconografía futurista de principios del siglo XXI con la que se estilaba cien años antes es reveladora del cambio de énfasis y de actitudes con respecto a este tema. Aunque también en las primeras décadas del siglo XX se publicaron algunos relatos de ficción político-científica cargados de pesimismo, los ilustradores de prensa no se cansaban de dibujar ciudades refulgentes llenas de rascacielos imposibles, atravesadas por viaductos a diferentes alturas, ingenios voladores y toda clase de artefactos tecnológicos. Cien años después, lo que encontramos muy a menudo en los medios, en las redes sociales y en la cultura popular cuando del futuro del planeta se trata son severas admoniciones sobre pavorosas calamidades, plagas y pandemias, cuando no imágenes horrendas de nuestro planeta en llamas o paisajes arrasados en los que unos pocos supervivientes se disputan los despojos de una civilización extinta. Aunque por fortuna no todas las proyecciones actuales de futuro son tan desalentadoras, es difícil sustraerse a la melancólica impresión de que en un siglo hemos transitado de la utopía a la catástrofe: del ingenuo entu-

siasmo progresista por un futuro mejor que parecía al alcance de la mano, al espanto sin paliativos ante un horizonte amenazador que se nos echa encima y quisiéramos postergar.

J. F. S.

BIBLIOGRAFIA

- FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, María Antonia. «Las imágenes del Primero de Mayo en España. Medio siglo de liturgia obrera y propaganda (1890-1936)», *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, n.º 8, 2019, pp. 39-75.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier. «El porvenir esquivo. Una breve historia del futuro en la España contemporánea», *Claves de razón práctica*, n.º 169, 2007, pp. 44-52.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, y FUENTES, Juan Francisco (dirs.). *Diccionario político y social del siglo xx español*. Madrid: Alianza Editorial, 2008.
- GRIFFITHS, Sian (ed.). *Predicciones. 51 grandes figuras pronostican el futuro*. Madrid: Taurus, 2000.
- HÖLSCHER, Lucian. *El descubrimiento del futuro*. Madrid: Siglo XXI, 2014.
- MARTÍN CARRETERO, José Moisés. *España 2050. Gobernar el futuro. Estrategias a largo plazo para una política de progreso*. Bilbao: Ediciones Deusto, 2016.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Mariano. «Panorama de la ficción científica y especulativa española moderna y su recepción hasta la guerra civil de 1936», *Hélice. Reflexiones críticas sobre ficción especulativa*, vol. II, n.º 3, 2014, pp. 5-32.
- MOLINAS, César. *Qué hacer con España*. Barcelona: Planeta, 2013.
- ORTEGA Y GASSET, José. *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Revista de Occidente, 1923.

-
- *Obras completas*. Taurus - Fundación José Ortega y Gasset, 10 vols., 2004-2010.
- PÉREZ-DÍAZ, Víctor. *Una interpretación liberal del futuro de España*. Madrid: Taurus, 2002.
- PIMENTEL, Josep Antoni. *Voces críticas ilustradas. Las ilustraciones del diario Solidaridad Obrera durante el primer bienio de la II República (1931-1935)*. Badalona: Centre d'Estudis Llibertaris Federica Montseny, 2016.
- TUSELL, Javier. *La oposición democrática al franquismo*. Barcelona: Planeta, 1977.

Este artículo es parte del Proyecto de Investigación HAR2017-84032-P, y del Grupo GIU 18/215, respectivamente financiados por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España - Agencia Estatal de Investigación / FEDER (Unión Europea) y por la UPV-EHU.